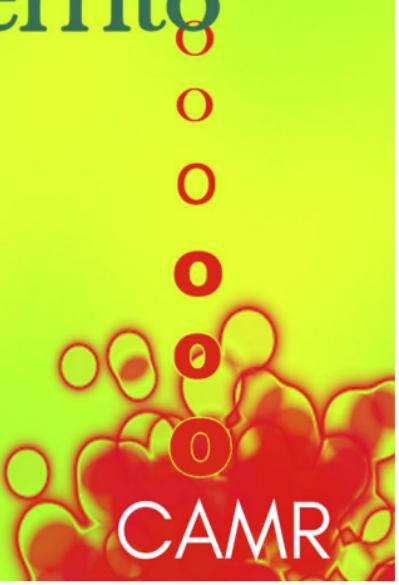


Madeleine Bonpassant

Por un
hombre así...
me derrito



Dedicado a mi padre, al que eternamente echaré de menos.

A mi familia; a Montán (Castellón), el pueblo de mi abuela en el que he pasado los momentos más felices de mi infancia y que ha inspirado esta novela.

Y a l@s miles de seguidor@s que a través de mi blog y de twitter me han acompañado en este proceso de creación y que siempre me han apoyado.

Asimismo, a los tres editores, “mis tres ángeles de Charlie”, que aunque a menudo me hacen rabiar, acabo siempre por reconocer que son tres grandes profesionales.

Episodio 1

Siempre había pensado que las mujeres erais extraordinarias. Con ese dulce halo que os envuelve al andar y esa sonrisa que sólo puede superar vuestra mirada, pero lo que he sentido por ti es algo tan desmesurado que a menudo pienso que podría estallarme el corazón si estoy contigo cinco segundos más. Me estremezco con tus caricias, ese suave roce de tus dedos sobre mi piel. Y tu sonrisa, cuando te das cuenta de mis sensaciones, hace que mis ojos se humedezcan de tanta felicidad y al mismo tiempo, de tanto dolor, al sentir que podría perderte. En cualquier momento, podrías desaparecer como en mis terribles pesadillas y mi amor al no poder salir de mí, me dañaría por dentro. Cielo, te amo, ¡tanto!, que ni tú misma te imaginas. Me gustaría que cuando leyeras esta carta estuvieras en tu mejor momento, conmigo o sin mí, quizás en brazos de un extraño al que envidiaré toda mi vida pero que te venere como yo lo hice hasta que por fin te encontré y que siga haciéndolo, aunque sea desde el otro mundo... Mi princesa...

Esta es la carta que recibí. Demasiado tarde. Cuando ya había conseguido borrar todos mis pasos y todos los de él. Cuando ya había desdibujado tanto el camino de nuestro recorrido que era imposible volver atrás.

Había traspasado la frontera, ni siquiera podría volver a oír su voz a través del aparato de radio. Esa voz que tantas noches me mantenía despierta, intentando imaginar cómo sería la cara y el cuerpo del que tanto admiraba. Su voz...

Tan afable, tan caballeroso. Quizás debido a su edad más avanzada que la mía, tan paternal.

No sólo yo le admiraba. Lo deducía cada noche en cuanto comenzaba su programa y, todas esas mujeres deseosas de hablar con él, lo adulaban. No importaba la edad, a todas les robaba el corazón, y yo sentía ese pequeño respingo de celos y esa pizca de orgullo al saberlo mío. Mío, eso creí desde el principio, pero él nunca fue mío. Nunca me perteneció. Aunque mil veces me hizo sentir como si así fuera.

-Hola, ¿eres Ben?

-Por supuesto, ¿quién pensabas que era?

-No sé, ¿un colaborador? Cuando te agregué a mi Messenger no esperaba poder hablar contigo directamente.

-Es mi cuenta de Messenger personal, sólo yo tengo acceso.

- ¿Vas a hablar hoy con la chica de dieciséis años que había intentado suicidarse? -En este momento podía escuchar el inicio del programa a través de mi aparato de radio.

-Sí, mi colaborador está a punto de llamarle.

-Es que creo que no deberías leer su carta.

- ¿No? ¿Y eso?

-A veces los suicidas se despiden de sus familiares escribiéndoles cartas y como ella pidiéndoles perdón. Es posible -añadí- que en realidad no les pida perdón por lo que ha intentado hacer sino por lo que hará.

- ¿Entonces qué me sugieres? Porque estoy a punto de leer la carta a su familia.

-Puedes aprovechar cuando hables con ella para establecer nuevos lazos que la aten a ti, así se sentirá de algún modo unida a este mundo.

Estaba advirtiéndole todo esto como si él no tuviera la suficiente experiencia como

para llevar estos temas, como si yo no lo hubiera escuchado desenvolverse perfectamente en su programa cuando yo todavía era una adolescente. Era todo lo que yo quería conseguir en mi vida. Fui una presa fácil porque le admiraba.

-¿Madeleine? – escribió. Oí el suave sonido de recibo de mensajes del Messenger.

-Sí, dime.

-Estoy en antena con ella.

Ahora empezaba a escuchar su voz a través del transmisor.

-Buenas noches Fabiola. ¿Qué tal te sientes esta noche? -su voz sonaba calmada como todas las noches aún sabiendo que el caso era muy especial y delicado.

-Bien, Ben. ¿Has llamado a mis padres? - Se oía su voz como si hubiera estado sollozando ya hacia rato.

- Sí, cielo. Los tengo en la otra línea y quieren saludarte.

- ¿Papá? - llamó la niña.

- Dime, cariño.

- ¿Has escuchado mi carta?

-Claro que sí, preciosa, y no te preocupes por nada, sabemos que estás enferma y ahora pasarás unos días en el hospital, pero todos lucharemos para que te mejores.

-Lo siento mucho papá. -Eso sí sonó como una despedida. Me aterroricé.

-Ben, Ben, ¡tienes que intentarlo ahora! -escribió nerviosa.

-Fabiola, ¿estás muy triste? -Le oí decir con su voz tranquilizadora.

-Sí, soy un desastre, no consigo hacer una a derechas.

-Pues a mí me pareces una persona encantadora y muy especial. Me gustaría poder llamarte el viernes que viene y que nos contaras que tal has pasado la semana, ¿me dejarías? -la chica, pareció dudar.

-Bueno...

- ¿Sabes que eres única? A mí me lo parece. Creo que has sido muy valiente al afrontar el problema y hablarlo con tus padres y al estar ahí, solita, en ese hospital, curándote -ahora sí que pareció dar en el clavo porque se notó que sonreía.

-Gracias. -Empezaba a sentirse orgullosa de sí misma.

-Entonces, quedamos así, el viernes te llamaré y me cuentas.

-De acuerdo, un beso.

Empezó la música...

- ¿Lo he hecho bien? -me preguntó.

- ¡Perfecto! -Respondí orgullosa de haber podido participar, aunque fuera un poquito.

- ¿Mañana estarás por aquí? Tengo otro caso complicado y no estaría mal que me dieras algunas ideas.

-Aquí estaré, ¡como un clavo! -a estas alturas ya no cabía en mí de gozo.

¿Estaría intentando aumentarme la autoestima como a la niña? Yo no era una suicida, pero desde luego ya había conseguido derretirme, ¡como si yo no estuviera previamente sensibilizada a hacerlo! Como si necesitara algún tipo de esfuerzo por su parte...

.....

Era la última casa del pueblo, podía verla desde mi terraza. La gente del pueblo solía decirme lo privilegiadas que eran las vistas que disfrutaba desde mi casa. Podía ver el convento y la otra mitad del pueblo, dividido por un riachuelo que bajaba sonoro sobre todo con las primeras lluvias. Él vivía en una casa muy bien arreglada, con todas las ventanas de madera y perfectamente cuidadas.

No podía imaginármelo viviendo solo todos los días. ¿Cómo alguien podía tomar esa decisión? Siempre había pensado que se podía ayudar al prójimo de muchas maneras y no significaba tener que seguir unas leyes absurdas que alguien se había inventado y que estabas obligado a acatar si querías que te aceptaran como un miembro más. Era un amor con condiciones. Si no “comulgabas” te “excomulgaban”. Pero algo debía significar para él cuando así lo había elegido.

- ¿Cómo te encuentras hoy Madeleine? -me preguntó ayer al cruzarnos en la plaza del pueblo
-Bien -le contesté rehuyendo su mirada. Los dos sabíamos que no era cierto.

-Supongo que estás intentando engañarte con tus palabras, pero yo veo tus ojos y mueren de tristeza.

Me rodeó con su brazo por el hombro y me apretó tan fuerte que hubiera podido llevarme sin que tocara el suelo con los pies. Era lo más cercano a un abrazo que me podía dar en público. Me acompañó

hasta el pequeño banco de cemento que está en el callejón que rodea la Iglesia y se sentó a mi lado.

No pude contenerme. Ni siquiera me di cuenta de que lloraba. Una lágrima sincera rodó por mi mejilla. Con una eterna dulzura la recorrió con su pulgar mientras me acariciaba la cara.

-Si pudiera hacer algo por ti..., me duele como una lanza en el corazón tu dolor. Le pido a Dios que me duela a mí y a ti te libere.

Había llegado al pueblo como excusa para descansar en las vacaciones de verano. Él era mi amigo de la infancia, el que siempre caballeroso me defendía delante de los otros niños del pueblo. Nunca imaginé que llegaría a ser un hombre intocable.

Si no fuera por lo bien que me siento en esta casa, nunca habría venido aquí a guarecerme. Intento olvidarme del gran amor de mi vida, como si eso fuera posible. Paseo por mis recuerdos; juraría que la mecedora de mi abuela se mueve

cuando la dejo tras de mí, recuerdo cuando me mecía en su falda y me decía lo guapa que estaba. Todo se pierde, todo se aleja, igual que él y la posibilidad de tenerle en una vida que ya imaginaba hogareña y tierna. Cada noche salgo al amplio balcón rectangular que va de lado a lado de la fachada. Desde allí tengo una visión panorámica del pueblo blanco que se empina en la montaña. Las luces amarillas que lo iluminan incitan a la calma y al sosiego. Se oye aullar un perro a lo lejos. Si algo tienen los animales que habitan en las montañas es la libertad. Quizás sus vidas no sean fáciles, incluso puede que sean duras y cortas, pero no hay jaulas en el monte. Los pinos que se ven en lo alto de la montaña y por encima del pueblo son de color verde oscuro y limitan con un cielo que de día es totalmente azul. En ocasiones se dibujan algunas nubes blancas, bien definidas, cuyas fotografías suelen ser las típicas que salen en los programas de meteorología. Son nubes de “libro” igual que algunos de los casos

clínicos que nos enseñaban en la facultad de psicología, casos nítidos, sin pinceladas de ninguna otra enfermedad que pudiera hacer dudar sobre el diagnóstico. Así son las nubes, sin sombras y perfectas.

Episodio 2

Era ya de noche cuando se fue la luz. Era normal en los días de tormenta. El agua golpeteaba el suelo de losa roja de la terraza y los destellos de los relámpagos iluminaban el comedor. Antes de ir a buscar unas cuantas velas me asomé a la ventana. Entonces lo vi.

Alguien con una chaqueta de montaña azul y una franja blanca en los laterales subía montaña a través, estaba empapado, pero eso no le detenía. Era principios de septiembre y ya empezaba a refrescar. La imagen me pareció tétrica y extraña. Sentí un escalofrío, pero quise convencerme que era porque la casa estaba fría debido a la piedra de sus paredes. En ese mismo momento llamaron a la puerta y me sobresalté. Suerte que lo tenía todo preparado para esas ocasiones. Como pude, intentando no tropezar en la oscuridad, me acerqué al armario empotrado de la cocina. En la parte alta de la derecha guardaba

las velas y al lado las cerillas. Nerviosa encendí una a tientas y me dirigí hacia la puerta de la entrada, a penas si se veía algo más que el leve fulgor amarillo parpadeante en la mano. Cuando abrí, el resplandor de un nuevo relámpago, iluminó a un hombre encapuchado totalmente empapado. Aquello empezaba a parecerse a una de aquellas películas de terror en blanco y negro que solía ver con mi madre de pequeña. Nos daban miedo y nos hacían sufrir agarradas a un cojín y mirando a través de las manos con las que nos tapábamos los ojos, aunque todo aquello nos encantara.

-Se ha producido un incendio al otro lado de la montaña por culpa de un rayo -me dijo apresurado- Nos ha avisado el guardabosques de Pina ¿Hay algún hombre en casa que pueda echarnos una mano? El fuego se acerca hacia el pueblo muy rápido y algunos de los terrenos ya se han visto afectados.

Me quedé sin habla por unos segundos.

-No, no hay nadie más, estoy sola.

-De acuerdo, gracias. -Se marchó rápidamente para llamar a la casa vecina.

Cerré la puerta disgustada y me acerqué de nuevo a la ventana. Ahora veía a más hombres con linternas que seguían el mismo camino que el primero que había visto.

Me di la vuelta, cogí mi chaqueta con capucha y llamé a Senda, mi perra.

- ¡Pórtate bien! -le dije a modo de despedida.

Me disponía a ayudarles. Yo no era un hombre, pero tampoco una enclenque, así que salí a la calle. Había un grupo de hombres que empezaban a bajar la cuesta. Corrí y me acerqué a mi vecino Paco.

-Hola, ¿qué haces?, ¿pasa algo? -me preguntó sorprendido.

-Me vengo con vosotros -le dije.

-Pero... las mujeres se quedan a hacer la cena...

-Yo no tengo a quién hacerle la cena, cuando vuelva ya me apañaré.

-No te preocupes por eso, en mi casa eres bienvenida, y una mano más no nos irá nada mal.

Todos iban bien preparados con impermeables y botas de montaña. A mí no me había dado tiempo ni siquiera para pensar en buscar un atuendo adecuado, así que iba con mis pobres bambas, a las que no les había costado nada empaparse y empezaban a hacer ruido hueco de ventosas a cada paso que daba.

Subimos por la montaña mientras notábamos un intenso olor a quemado. Al cabo de diez minutos de camino ya habíamos llegado a lo más alto y pudimos ver el fuego enfurecido que devoraba árboles sin piedad y los convertía en enormes antorchas. Un conejo me pasó rozando la pierna, intentaba darse impulso, así que se apoyó en mi gemelo y con las uñas me arañó. Ahora además de mojada estaba ensangrentada ¡Menuda guisa!

Teníamos en mente apagar el fuego así que nos pusimos inmediatamente manos a la obra.

-Los forestales no nos permiten arrancar ramas de los árboles para apagar el fuego, dicen que es peligroso y planean muy bien su trabajo. No suelen dejarnos participar, pero en estos momentos es más peligroso dejarlo avanzar -me dijo Paco.

-Entiendo, esto es una emergencia - repuse decidida.

-Eso es. Los bomberos están trabajando en el incendio del pueblo de al lado. Tienen a toda la cuadrilla desperdigada por varios incendios cercanos que se han producido con la tormenta de hoy, pero van a mandarnos refuerzos. En cuanto veamos aparecer el primer hidroavión, nos largamos de aquí a toda prisa para dejarlos trabajar con los medios aéreos.

- ¡No os acerquéis a la arboleda! - gritó a unos hombres que bajaban por la ladera con ramas en las manos-. ¡Es demasiado peligroso, limitaos a apagar las pequeñas ramas del claro que lo bordean para que no se extienda hacia la otra orilla de árboles que suben por la montaña!

Cogí una rama verde y me puse a apagar el fuego del suelo, decidida a usar incluso los pies. Las grandes antorchas ahumaban hacia el cielo y nosotros, como pequeñas hormigas, nos centrábamos en que no corriera el fuego a través del claro. Si llegaba hacia los árboles que rodeaban el pueblo la cosa se pondría muy fea.

Hacía un calor espantoso y continuamente me caía ceniza sobre los ojos. No quitábamos la vista de los árboles antorchados. Era muy peligroso estar en aquella zona y tampoco dejábamos de mirar al cielo ni de agudizar el oído esperando a los hidroaviones.

Se oyó de nuevo la voz de Paco:

-Me acaban de llamar, los hidroaviones están por Caudiel. Hay que salir de aquí y dejarles hacer su trabajo. ¡Todos a los todoterrenos de reserva -gritó-, repartiros como buenamente podáis!

Me acerqué al que tenía más cerca y me subí junto a otros hombres en la parte de atrás descubierta. Me agarré como pude y me puse de cuclillas para no salir despedida por la

pequeña barandilla. Aquel viaje tenía pinta de que sería muy saltarín.

Nada más se puso en marcha me caí encima del hombre que tenía al lado y al mirarle para pedirle disculpas me di cuenta de que era el hombre de la chaqueta azul que había visto subiendo montaña a través y que tanto me había sobresaltado. Desde luego ahora daba más miedo con la cara tan negra como la llevaba, pero cuando me sonrió pude ver un extenso desfile de dientes totalmente blancos como perlas. Con ese marfil me haría yo un buen collar, pensé divertida. Aunque no se me ocurría mejor sitio para esos dientes que en su boca.

-Perdona -le dije abrumada.

-Tranquila, aún vienen más baches. En realidad, lo que más me preocupa es lo que me estás mojando los pantalones ¡Tengo hasta frío! -dijo con sorna.

Era verdad, yo estaba empapada y con lo cerca que estaban nuestras piernas la humedad se pasaba de mis pantalones a los suyos.

Entre los truenos y relámpagos, los baches y la lluvia, aquello parecía un viaje de terror. Estaba realmente mareada cuando llegamos a la cima. El todoterreno paró para que pudiéramos bajarnos. Ya estábamos fuera de peligro y tenía que volver a recoger a los que no habían cabido en los coches en el primer viaje.

Mientras todos empezaban a caminar yo me quedé parada intentando no vomitar. Él se giró al cabo de unos pasos al ver que yo me quedaba rezagada.

- ¿Estás bien?

-Creo que no mucho.

-Pues aquí no puedes quedarte, vas a pillar una pulmonía. Anda ven, apóyate en mí.

No pude disfrutar del camino a casa y eso que tenía una buena compañía.

Episodio 3

A la mañana siguiente, cuando por fin pude abrir los ojos y desengancharme de las sábanas, me dolía todo el cuerpo. Suponía que eran agujetas del esfuerzo de la noche anterior o de intentar mantener el equilibrio en aquella montaña rusa llamada 4x4.

Al llegar a casa me había dado una ducha muy caliente para entrar en calor porque estaba helada. Me había despedido de mi acompañante con un simple “gracias” y no sabía ni su nombre. Quizás no volvería a verlo porque nunca antes me había cruzado con él en el pueblo. De todas formas, yo ya tenía bastante con intentar olvidar a Ben y según había leído en las revistas, si un hombre está interesado en ti, “*se mata*” por encontrarte.

Yo no quería que “*se matara*”, sólo me hubiera bastado un pequeño gesto de locura, por ejemplo, que cogiera su caballo blanco y vestido con una camisa medio abrochada del

mismo color y por la que se entreviera su pecho, viniera a buscarme a mi castillo. ¡Ay!, a veces mi imaginación da para escribir mil cuentos de hadas.

La cuestión es que estaba allí, sola, almorzando unas tostadas con mantequilla y totalmente dolorida. La que se lo pasaba bien mirándome era mi perra, con un ojo de cada color. Ella tiene dos perfiles completamente diferentes: uno travieso y el otro dulce, según te mire con su ojo azul o su ojo marrón.

En ese momento ponía cara tierna porque quería que compartiera con ella mi desayuno, pero yo estaba hambrienta, y si compartía mi tostada, tenía que levantarme a hacerme una nueva, así que yo hacía como si nada y seguía desayunando.

-Lo siento, no es que no quiera darte, es que me pesa el culo. Agachó la cabeza, estiró de mi zapatilla y se largó con trote ligero ¡A veces tengo ganas de matarla!

Según escuché en las noticias mientras desayunaba, el fuego sólo

pudo ser apagado de madrugada. Había hecho grandes destrozos, pero afortunadamente los daños eran sólo materiales. Entonces me acordé de la herida en la pierna que me hizo el pobre conejo cuando huía despavorido. Ya sabía que tenían unas uñas muy afiladas, sobre todo las de las patas traseras, pero no me imaginé que tanto. No pensaba ir al médico por esa tontería, ya solía pasar suficiente vergüenza en otras ocasiones con la gente del pueblo por culpa de mi inexperiencia, como para ahora ir a buscar la risa general cuando explicara cómo me la había hecho.

Así que, un poco de yodo y nada de faldas, ni pantalones piratas, en quince días. Parecía la receta del médico.

De verdad que ya casi no me acordaba de Ben, sólo que había ciertas cosas que me lo hacían recordar, como la carta que acababa de llegarme. Era una factura de la luz, pero me hizo recordar que Ben escribía muchas cartas o cuando sonó por la radio aquella canción

que solía poner mucho en su programa. Bueno en realidad cualquier cosa me lo hacía recordar. No nos engañemos, cómo iba a poder olvidar a un hombre que me había vuelto loca de amor durante un año.

-Te invito a cenar -escribió en el Messenger.

- ¿A mí?

- ¡Claro!, de alguna forma tendré que agradecerte tus ideas de las últimas noches en el programa.

Tardé un poco en contestar, me había quedado atónita, no esperaba algo así del que era mi gran admirado desde la adolescencia. ¿Y si no le gustaba? Bueno, tampoco pretendía gustarle, era bastante más mayor que yo, pero quería causarle buena impresión. ¡¡Que mentira más grande!! ¡¡Quería gustarle!! Pero si yo estaba locamente enamorada de él y eso que aún no lo conocía, sólo había visto algunas fotos y no había nada que me desagradara. Bueno sí, que no fuera una realidad de carne y hueso que yo pudiera palpar.

-Tampoco hace falta algo así, yo lo he hecho por puro egoísmo. Me ha obligado a

ponerme las pilas y a dar respuestas rápidas.

¡Era para verme!, con un montón de libros de psicología sobre la mesa, buscando de uno a otro como una poseída cada vez que había una llamada.

-Te paso a buscar mañana por la noche, después del programa.

¡Casi me da un infarto!, Esa noche no iba a poder dormir.

-De acuerdo, hasta mañana.

-Que descanses, a mí aún me queda recoger, pero ya me voy para casa. Buenas noches.

La noche siguiente, cuando bajaba las escaleras de mi casa, pude ver a un hombre esperando en la portería. El corazón me iba a mil y pensaba que en cualquier momento saldría disparado. Al abrir la puerta me topé con una gran sonrisa. ¡Era el hombre perfecto! ¡Me encantaba! No sólo valoraba su labor y su inteligencia, sino que tenía el aspecto físico que me gustaba en los hombres. Era algo más alto que yo, con el pelo lacio y oscuro. Unas pequeñas arrugas en las comisuras de los ojos que lo hacían interesante y divertido. No era un

adonis, era un verdadero hombre, con mayúsculas.

-Buenas noches, señorita –dijo sin dejar de sonreír, y al ver brillar sus ojos me percaté de que yo también le gustaba.

Me sentía tan nerviosa que temblaba igual, que cuando de niña, me tocaba sentarme en la butaca del dentista. Me llevó a una pizzería cercana, con música house de fondo y una media luz anaranjada. Nos sentamos en un reservado, al cabo de un rato llegó el camarero que, de forma amable, aunque con cara de sorprendido por la diferencia de nuestras edades, nos tomó nota del pedido. Nuestra conversación fue amena y distendida. Hablamos de su trabajo, de mi carrera y de las curiosidades que le habían ocurrido en su trayectoria profesional. No dejaba de mirarme a los ojos y, mantenía tanto la mirada, que yo tenía que bajar la vista de vez en cuando, abochornada. Entonces podía intuir por el rabillo del ojo que se sonreía por mi timidez. El camarero no nos quitó el ojo de encima, en cuanto acabábamos un plato, venía presto a recogerlo y a traernos el nuevo, conforme yo me relajaba, él cada vez se ponía más y más nervioso.

-El otro día me siguió el chulo de una oyente que trabaja de prostituta -comentó de forma distendida Ben.

- ¿Cómo? -me quedé perpleja.

-Sí, alguna vez me ha sucedido algo parecido, sólo que este hombre no es muy de fiar.

-Pero ¿qué es lo que pasó?

-Salía de la emisora y cuando me dirigía al parquín a buscar mi coche, oí unos pasos detrás de mí. Tuve suerte porque la puerta se cierra muy rápido una vez le has dado al mando a distancia.

- ¿Y cómo sabes que era él?

- ¡Jajaja!, pues... creo que es por las amenazas que me dirigió y porque le reconocí la voz. Cuando me llamó su chica, me dijo exactamente las mismas palabras por teléfono. Decir las verdades no siempre te hace ganar buenos amigos, jjajajaja! - Reía de forma sincera, mientras yo empezaba a inquietarme por las miradas del camarero. Emppecé a urdir miles de historias en mi mente. ¿Y si este hombre sabía quién era y no le guardaba demasiado aprecio? Yo estaba ahí, sin tener nada que ver con sus asuntos y podía salir mal parada. ¿Cómo iba a explicarle que acabábamos de conocernos? ¿Y si

pensaba que era su novia o su amante?, que por la diferencia de edad podía ser más fácil de pensar, y como él le perjudicó en su relación con su pareja, ahora podía querer romperme la cara a mí, como venganza. Los clientes de la mesa de al lado eran los últimos que quedaban y ya estaban por el café. Se me había pasado el rato sin darme cuenta y ya era casi hora de despedirnos, pero aún tenía que salir de aquel local sana y salva.

- ¿Desean algo más los señores? -pegué un respingo en la silla, no me esperaba la voz del camarero en mi espalda.

- ¿Quieres un café Madeleine? -me preguntó Ben.

-No, no, gracias, sino no podré pegar ojo - Entonces es todo, nos puede traer la cuenta.

Los de la mesa de al lado se levantaron y se marcharon por la puerta. Estuve a punto de gritarles, pero no se me ocurría ninguna memez para conseguir entretenerlos mientras Ben pagaba, así que los dejé marchar, aterrada. Pero ¿cómo podía Ben tomarse toda la historia a broma y hacer vida normal? Las mujeres con las que charlaba eran problemáticas y la mayoría de veces tenían gente detrás que

no estaban muy contentos de que se airearan sus historias, y mucho menos, que las mujeres a las que maltrataban se decidieran a marcharse de casa, animadas por un hombre que según ellos pensaban, debería meterse en sus asuntos. El camarero recogió el dinero y vi cómo le temblaban las manos. Yo ya estaba a punto de gritar y echar a correr. Iba a dejarlos allí, a los dos. Uno por ingenuo, pero ¿cómo se podía ser tan tonto? Se mete en líos y luego se pasea por ahí sonriendo como si tal cosa y al otro, porque si tenía ganas de romper caras, que no fuera la mía. Entonces el camarero se dirigió a Ben, temblándole la voz: - ¿Es usted Ben Defurne, no es cierto? ¿Del programa 'Una voz en la noche?

-Sí, eso es- Respondió él.

¡Pero esto ya era el colmo!, jencima se estaba descubriendo! Debí quedarme con la boca abierta porque los dos me miraron. El camarero prosiguió:

—Me gusta mucho su programa, lo escucho todas las noches. No sé si me recuerda, pero le he llamado en alguna ocasión. Soy Francisco, el hombre viudo con dos niñas pequeñas.

-Sí, por supuesto que te recuerdo, Francisco. ¿Qué tal están tus niñas? Yo seguía con la boca abierta, pendiente de reaccionar. Creo que se me olvidó hasta respirar. Después de una agradable conversación entre ellos, saludos y ¡hasta abrazos!, salimos de allí. Tuve que pedir permiso a una y otra pierna para poder caminar porque después del susto no conseguía que dejaran de estar tiesas como palos.

Episodio 4

Caminaba distraída por la plaza cuando empezaron a sonar las campanas. La procesión estaba saliendo de la ermita y en breve se cruzaría conmigo. Intenté apresurarme en comprar los melocotones del tenderete con techo medio caído, donde una amable anciana me atendía con demasiada calma. A mí no me gustaban las aglomeraciones de gente, y en fiestas, solían acudir los fervientes creyentes de los pueblos cercanos y seguían a la virgen con tal obsesión que era imposible caminar por las calles que llevaban a la Plaza Mayor. Pagué con rapidez y casi sin despedirme, me apresuré para dirigirme hacia mi casa. ¡Demasiado tarde!

Empezó a rodearme gente que quería llegar la primera para ver entrar a la virgen a la Iglesia Mayor, mientras que yo lo único que quería era alejarme de allí en dirección contraria. Todo pasó en un abrir y

cerrar de ojos. Era como nadar contra corriente. Dobló la esquina la bandera blanca con la cruz y a los pocos segundos, la virgen a hombros de los hombres del pueblo. No podía avanzar, pero dejarme llevar también era una locura porque me hacían andar de espaldas. Me sentía tambaleada y arrastrada hacia todos los lados posibles.

No sé muy bien cómo, pero acabé pasando por debajo de todo el armazón de madera en el que estaba colocada la imagen, y al salir, me topé de frente con una cara conocida. Vestido todo de blanco, con el traje largo de las fiestas, estaba mi amigo de la infancia, Marcos. La muchedumbre nos aprisionó el uno contra el otro, y nos colocó en la situación menos pueril e inocente en la que se puede hallar un cura.

Marcos me susurró al oído para tranquilizarme.

-No te preocupes Madeleine, al llegar a la plaza se ensanchará la calle y podremos al fin respirar un poco.

Me abrazó para que pudiera darme la vuelta y al menos caminar de frente siguiendo a la gente.

No creo que nadie se diera cuenta de la situación sino hubiera sido criticado hasta la saciedad por las "brujas" del pueblo, pero aquello era una verdadera locura, no se veía el suelo y se caminaba de memoria. Todo el mundo estaba pendiente de no tropezar porque, de ser así, hubiera podido ocurrir una desgracia.

Recorrimos apretados toda la calle. Me sentía avergonzada a veces de los sentimientos que me hacía resurgir Marcos, pero así tan juntos y abrazada por esos brazos protectores que siempre me daban alivio y comprensión, no me sentía para nada como una simple amiga, y a él, no podía más que verle como a un hombre, pese a sus vestiduras hasta los pies, duras y almidonadas, de un blanco reluciente y bordadas de oro.

Llegamos a la plaza y por fin pudimos separarnos un poco.

Marcos me cogió de la mano apresuradamente y entre el gentío me hizo subir por las escaleras del lado izquierdo de la Iglesia. Atravesamos una pequeña puerta medio escondida y llegamos a la sacristía que rezumaba paz y silencio, justo donde él solía cambiarse antes de misa.

-¡Madre mía! -me dijo, cuando ya andábamos más sosegados los dos- No puedo entender según qué comportamientos humanos. Esta festividad es siempre una verdadera locura. Algun día tendremos un disgusto ¿Te encuentras bien?

-Sí, un poco asustada y sin postre ¡Se me han chafado los melocotones! De la bolsa salía un líquido viscoso que goteaba en el suelo de cerámica antigua.

- Ja ja ja ja! -rió- Siempre te encuentro metida en algún lío. Me gustaría que un día no tuviera que salvarte.

-No te rías, quizás algún día tenga que salvarte yo.

Me miró a los ojos pensativo y me pareció que mi frase tomaba un

nuevo sentido para él. Un sentido que lo entristeció un poco y enseguida quiso cambiar de conversación.

-Tengo que dar una misa, señorita. Te aconsejo que salgas por el coro. No encontrarás mucha gente, da la vuelta por la calle de arriba y podrás llegar a tu casa. Ah, y si te pasas esta tarde por la mía te daré unos melocotones nuevos de mi huerto.

-Siento todo el ajetreo, la próxima vez iré con más cuidado. -Me despedí.

Salir de aquella aglomeración fue todo un alivio. Se oía el murmullo de la gente por todo el pueblo.

No podía dejar de pensar en la mirada entristecida de Marcos cuando le dije que algún día iba a salvarle yo ¿Es que se sentía con la necesidad de que lo hiciera? Y lo que sentí hacia él en aquella calle abarrotada de gente, cuando nos vimos obligados a caminar abrazados, ¿era lo mismo que él sentía hacia mí?